

Yale University Library Digital Collections

Title	Full issue of Ideas y Figuras, 2 marzo 1910, dedicated to Gabriel d'Annunzio, with text by Marinetti: Filippo Tommaso Marinetti. "Gabriel d'Annunzio: en la tierra de d'Annunzio." Not in standard bibliographies of Marinetti. Includes autobiographical detail
Date	1910 {id=286390}
Rights	The use of this image may be subject to the copyright law of the United States (Title 17, United States Code) or to site license or other rights management terms and conditions. The person using the image is liable for any infringement
Container information	Box 4 Slide: 68
Generated	2021-02-26 19:50:48 UTC
Terms of Use	https://guides.library.yale.edu/about/policies/access
View in DL	https://collections.library.yale.edu/catalog/10648758

LA FOIRE AUX SNOBS



Sobre el escenario del teatro Olympia, sentado junto a una mesa de verde tapete, el poeta leyó con lentitud estrofiada «La noche de Carrero», tercera parte de «La canción de Garibaldi». La voz era incolora, las frases salían con dificultad, acompañadas de un ligero golpe de paño sobre el micrófono, en la preocupación del esplendor fatigado de la lengua italiana. Esta lectura para letrados desconcertó al pueblo, mirando, burlando a las pasadizas vehementes de Carrero, a los golpes de mesa de Ferri y a su estilo color de pan de fongo. Bebió de esa humillación... de verdades pal muelle. D'Annunzio tenía el aire de un coetáneo desafiando lentamente humeantes cacerías.

«Eas cuatro mil cabezas atentas creyéndan se á veces en los festines santos de inimitables de los versos. Unid á eso una métrica renovada y comprendida por que la multitud sólo hablado estrofiadamente clara, absorta hostiles á la monarquía. Por esto, era con su sonrisa lírica, la sonrisa característica encendida en su barba rubia, que D'Annunzio, con creciente vestido, recibía las aclamaciones populares, semi erguido, curvándose sobre la mesa hasta resplandecer su cabal al fulgor de la luz eléctrica.

Aneédotas y leyendas

La fuerza característica de Gabriel D'Annunzio es la suerte. Añadió á los veinte años, obras de juventud y rebosando el entusiasmo por sus propios bajo la rubia cabellera. Fue inmediatamente aquel que todo un pueblo admiraba, cuida y agaña; aquél á quien las mujeres dan completamente sus sonrisas. Antes más tarde cayó sobre él un terrible proceso por adulterio y fué condenado por los tribunales; pero tuvo los beneficios de una amnistía.

Unos más tarde el escándalo de los plébeos, verdaderamente auténticos, pero que no aplazaron su personalidad. El momento fué de los más terribles. Se le cayó humida. Pero, como otras veces, la fortuna le favoreció dándole por enemigos un joven desconocido y una pequeña revista. Oscureciendo su propio escándalo á los críticos italianos por su silencio, impudicamente, sonó hasta donde érale necesario, para desconcertar á sus enemigos. Ya se sabe de qué manera los diarios se encaminaron contra él.

Los fabulistas, con apariencias enormes, fué denunciado á una revista por un anónimo hoy quien dice que fué el mismo D'Annunzio y algunos días más tarde declarado falso. La campaña cayó de una manera como silenciosa. D'Annunzio pudo reclamar en una carta que, nosotros, que vivió de las migajas caídas de mi mesa? Después hubo una silenciosa y todo se olvidó. Fue justicia; pues, en el fondo, comiata siendo el escogido de la suerte.

Durísimamente en considerar la prudencia con que desde aquel momento D'Annunzio se comportó, cuidadosamente la influencia demasiado visible de las literaturas extranjeras, rechazando los gestos de huro: los fantasma de sus conatos á su mesa de trabajo, como amigos colaboradores ó parientes reporteros durante sus laboriosas veladas.

Se había persuadido por otra parte de que una concepción íntima y á salvo su reputación de artista, debía de dar, de tiempo en tiempo, frases encontradas é inesperadas para el alimento de la curiosidad pública. (Como enumerar todas las mentes, todas las teorías que el autor de «El Fuego» las traga á los intempestivos microscopios que le aplaudían sin comprenderlo).

Gabriel D'Annunzio todo vestido de blanco (sombrero, traje, zapatos) sobre un caballo blanco, más blanco que el marino de Carrara; D'Annunzio, elegante y resplandeciente, color de nieve, sosteniendo entre sus manos elegantísimas de blanco, las riendas blancas, sobre todos los domingos en la plaza de su pueblo, en tal forma que los camiones al corte tan sereno, sosteniendo erguido sobre sus estribos blancos, glorio y taciturno, declan: «Eh! he ahí al poeta ensayando su estético...»

Son leyendas, y Dios me guarde de creer en tales cosas, y de suponer exacto el rumor que circuló, de que alguien había visto un día al poeta partir para una cresta de... estribos, llevando el arco de los Pielos Rojas, y á la ciudad de Carra Brea de Fechas.

Pero... ¿y si esto le divierte? ¿Y si lo burlan le insultan?... Puede vivirse como se le antoje, colocarse una estela repudiante de uno, y trabajar en la terraza de su Capponnas, de pie ante un mueble gótico, entre dos pedestros humancos, si esto le divierte!...

Que recibiendo la visita de la Dase y de su color Treves, les convidó á almorzar en un salón situado de verdaderos pedales de tonar, y reservó para sí un trono soberbio debajo de un sol... Está en su derecho!...

Pero hay más todavía!... En Varese, Gabriel D'Annunzio se conculca en una baña de mar, regimando donada, calándose en tulo su hermoso zaino Flaminetta. Se dice que una muy fuerte actriz, gran amiga del poeta, le agardaba en la playa, sosteniendo en sus brazos albertos un gran mano de náupara para envolver el cuerpo blando de ese nuevo rey. ¡Bah!... ¡Será verdad!...

Yo abalo sin límites á Gabriel D'Annunzio, por haber (rastreado con su arte la inteligencia de su siglo, y por haber sabido embocar al burgués clásico de Flabert con sus

maravillosas fustierías... Que su genio infligible sebara en fin, con una gran obra maestra, á la Gloria inmemorial y sagrada que flota sobre el Espacio y sobre el Tiempo...

D'Annunzio, su edad y su perro

El 2 de setiembre de 1906, á las 9 de la mañana, en la sala del tribunal correccional de Florencia, elocante de abogados y de periodistas, en la algazara alegre de un grupo de bellas mujeres.

Se va á resolver el más curioso de los procesos, instado por Gabriel D'Annunzio al charroero Volpi, culpable de haber dado muerte en su quinta de Seignano á uno de los muy estimados lebetes del poeta.

Un periodista alemán me pregunta:

«¿La usted correspondiente de un diario francés, verdad?»

«Sí, del «Gll Blas». ¿Y usted?»

«Represento tres revistas alemanas que me han enviado expresamente para informarme sobre la edad de D'Annunzio. Desgraciadamente no he podido obtener nada exacto.

«¿Tampoco yo.»

«Entonces, todo es inútil. ¿Qué hacer? El público alemán exige la verdad. Su curiosidad alcanza á un límite extraordinario. Puede usted calcular la angustia de mis investigaciones inútiles. Sería para mí un fecho enorme... Píese en ello... Tendría triplicado mi sueldo... Un traidor enorme, ruidoso, más ruidoso que si descubriera la fecha de... de... por ejemplo de...»

«Sí, de la momia de Ramsés II... Comprendo perfectamente y voy á ayudarle en la empresa...»

«Esperar un momento. Voy á tomar notas...»

«Sus amigos pretenden que ahora, año de 1906, no tiene más de 42 años. Sus enemigos le atribuyen 50... Dicen que ha puesto al Tiempo, ese apesado, en concordancia... Otros decla-

ran que bien puede suprimir la mitad de sus años, desde el momento en que no ha vivido más que sus noches de trabajo, como una cortesa cualquiera...»

«Más despacio, por favor... Estoy tomando nota.»

«Puede usted decir á sus lectores: 1º—Que en de todo punto imposible precisar la edad de un dios.

2º—Usted no ignorará que D'Annunzio ha nacido á bordo de un bergantín, en pleno mar Adriático. Por consecuencia lógica, el dato de su nacimiento ha de ser ligero, leve, inestable.»

3º—Habiendo sido agarrado por la gloria desde edad temprana, y habiéndolo sido por la cabellera, Gabriel D'Annunzio es calvo desde muy joven, lo que dificulta enormemente las investigaciones.

Diga usted que ese poeta ilustre fué excepcionalmente precoz. Por esto hoy aparece más joven que su obra literaria... Ahí le tiene usted... ¡Mírela!...

D'Annunzio en persona entraba en ese momento, con su andar miudo, catenoso y grave de parvo real... ¡Ha todo vestido de negro... ¡Está de lato por su perro! preguntó el alemán.

«Naturalmente! le respondo.

Y él asomó el dato.

D'Annunzio de pie ante los jueces parecía un pequeño fábulo de ébano con cabeza de marfil, con dos finas líneas de laca bajo la nariz y en el mentón.

Ciertamente el sol de la gloria hubo de concentrado bello, pues se apresuró á romper los vidrios antiguos y sacos, entrando en la sala en un largo rayo de fuego que acarició el cráneo del poeta, reluciente como una bola de plata.

A las primeras preguntas del juez, D'Annunzio respondió tan breve como terminantemente. Después á gregio.

